CUARTETO EN MODO MAYOR

(FRAGMENTO)

ANDANTE

La viola angelical, con cristalina
tersura, por el aire luminoso
va esparciendo una música divina,

como si descendiera el jubiloso
cantar de los querubes celestiales,
y se mezclara con el rumoroso

discurrir de los vientos estivales,
el aire estremeciendo con el santo
incienso de las viejas catedrales.

Beatitud maravillosa el canto
por ilusorios paisajes vierte
con tánta suavidad y fervor tánto,

que la tierra letal y el cielo inerte,
sumidos antes en el macilento
sopor desapacible de la muerte,

se estremecen en un encantamiento
de luz, y empieza a germinar el día,
mientras canta el seráfico instrumento,
lentamente, la santa melodía.

ADAGIO

De los boscajes escondidos una inefable teoría
de albas doncellas, va surgiendo plena de gótica armonía.
Y como si se deslizara sobre invisible tul de hielo,
se va acercando lentamente, los pies sin lastimar el suelo.
Escuchad cómo de los bosques la sacrosanta melodía
viene, sobre las hondas cuerdas del soberano violonchelo;
y mirad cómo las doncellas, los ojos fijos en el cielo,
se unen al glorioso instrumento, y en actitud cándida y pía
de tal manera suave cantan la sacrosanta melodía,
que de las nubes impolutas, como livianísimo velo,
baja una bandada de cisnes a alborotar el claro día
con su plumaje superalbo. Luégo, con sabia simetría
ante las gráciles doncellas el cauteloso y justo vuelo
detienen, y los muertos ojos llenos de extraño desconsuelo
hacia los espacios dirigen, como si del remoto cielo
fuera a bajar alguna ilusa visión de campos de Utopía.
Esto lo canta con su voz de maravilla el violonchelo.

ANDANTE CANTABILE

Del lago, lastimando la placidez serena,
lenta y calladamente surge una frágil ola
que un haz inesperado de nácar tornasola.
Y al estilo ritual de la deidad helena,
un coro de divinas oceánides viola
la tersa superficie. Por los aires tremola
la luz de sus cabellos verdes. Sobre la arena,
pero sin la tocar, con voz húmeda, y llena
de la nostalgia con que, desamparada y sola
sobre un peñón de Italia llorara una sirena,
la triste melodía canta la amarga viola.
Y al ritornelo desta lejana barcarola,
petreles y gaviotas pasan sobre la arena.
Esto lo canta con voz trémula la viola.

ANDANTE

Ahora del aire bajan a los dorados jardines
frágiles doncellas en albo y pulquérrimo coro.
Diríase un grupo de transparentes querubines
que, con las manos colmadas de celestiales jazmines,
llegaran, desparramando como insoñado tesoro
su voz, la voz de las citaras, de las citaras de oro.
Siguiendo las notas sabias de los vívidos violines,
cantan, poblando de luz remotísimos confines
con el prodigio celeste de su voz. Multicoloro
raudal de harmónicos brota de las veleidosas crines
de los arcos encantados. Y en medio de tal sonoro
torrente, se va cerniendo por los espacios el coro
virginal. Palomas bajan a los dorados jardines,
y blancas alondras, alas de nácar, pico de oro.
Esto lo cantan gloriosamente los gayos violines.

ADAGIO

Unidas todas las doncellas en un solo y divino coro,
en una actitud impasible, mirando todas hacia el cielo,
una danza maravillosa comienzan. Los puros violines
la dicen, mas tan lentamente que, los pies sin tocar el suelo,
extáticas y suspendidas del aire quedan. Pico de oro,
alas de nácar, las alondras de los fantásticos jardines
se ciernen; y de sus gargantas una gloriosa cantilena
brota, y hasta las cuerdas finas de los bulliciosos violines
viene; los cisnes encantados entonan luégo una serena
canción; porque la cante el prócer, el inefable violonchelo,
ante las tímidas doncellas paran el cauteloso vuelo.
Gaviotas de los mares verdes una lejana barcarola
dicen, para que la repita la voz húmeda de la viola.
Entre tanto las femeninas siluetas, los ojos al cielo,
danzan sin moverse una danza llena de adusta simetría,
llena de ritmo prodigioso y alta y litúrgica armonía.
La dicen la viola sensible, voz cristalina de la ola,
y el violonchelo, voz agreste de los bosques, y los violines,
la voz alada de los aires. Y mientras danza el santo coro

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de vírgenes, alondras alas de nácar y pico de oro,
y cisnes y blancas gaviotas, por la inviolada lejanía
van cantando serenamente la sacrosanta melodía.

ANDANTE

Vanse alejando, paulatinamente,
por selva y lago y aire los cortejos
femeninos. Ahora, en el ambiente

se atenúa la luz, y a los reflejos
moribundos, un canto se avecina,
que lo viene cantando de muy lejos

la viola angelical, con cristalina
tersura, por el aire luminoso,
esparciendo una música divina.

Y el violonchelo canta victorioso,
y los violines con tan claro acento,
que cielo mudo y lago soporoso

se estremecen en un encantamiento
de luz, y torna a germinar el día;
porque violines, chelo y viola, al viento
van cantando la santa melodía.

OTTO DE GREIFF

Universidad del Rosario | Archivo Histórico